

REVISTA DE TEATROS.

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y ARTES.

ADVERTENCIA.

Hoy se reparte á los suscritores de la *Revista de Teatros*, GRATIS, la comedia titulada *Los malos consejos ó en el pecado la penitencia*, en 3 actos.

El precio de dicha comedia es 4 rs. vn. y se halla de venta en la librería del Editor del Repertorio dramático D. Ignacio Boix, calle de Carretas.

Este periódico sale todos los domingos y cada mes se reparte gratis una de las comedias que se representan en los teatros de esta corte, pagando solamente 8 rs. al mes.

BIOGRAFIA.

Don Rodrigo de Herrera y Ribera.

Cervantes hablando de este poeta dramático en su *Viaje al Parnaso*, se expresa en estos términos:

Este que con Homero le comparo,
Es el gran don Rodrigo de Herrera,
Insigne en letras y en virtudes raro.

Montalvan en el índice de los ingenios de Madrid, que se halla al fin de su *Para*
2.^a SERIE. TOMO II. ENTREGA 2.^a

todos, le llama «poeta de gran espíritu, galante y conceptuoso,» diciendo que «escribía con mucha cordura y acierto, y que tenía acabada una comedia de valientes versos.»

También Lope de Vega le elogia en su Laurel de Apolo en la silva séptima. Fué hijo de don Melchor de Herrera, primer Marques de Auñón, habido en doña Ines Fonce de Leon y Villaroel, señora muy calificada; y como por la falta de legitimidad no pudiese su padre dejarle el mayorazgo principal de su casa, le fundó otro nuevo para asegurarle una subsistencia correspondiente á su distinguida clase. No contento con esto, procuró condecorarle con el hábito de Santiago, y casarle con su prima hermana doña Maria de Herrera y Mendoza, hija y sucesora de la casa de don Luis de Herrera, y de doña Brianda de Mendoza.

Correspondió don Rodrigo á los altos pensamientos de su padre, aprovechando la buena educación que le dió, llegando á poseer todas las prendas y virtudes de un gran caballero, cuyo lustre y esplendor ensalzaba la moralidad de sus costumbres. Nacido en los tiempos de Lope, á quien solo sobrevivió seis años, y dedicado como todos los ingenios de aquella época, á la poesía, llegó á ser un poeta de grande espíritu, galante y conceptuoso, captándose la estimación y benevolencia de sus contemporáneos.

Lució su ingenio en las academias, justas y certámenes, entonces tan frecuentes, escribiendo muchos versos á diferentes asuntos, celebrando fiestas y funciones, con gracia y soltura. Compuso varias comedias, de las cuales solo han llegado á mi noticia ocho, que son:

Castigar por defender. burlesca.
El triunfo mayor de Julio César
Del cielo viene el buen Rey.

Duelo de honor y amistad.

El primer templo de España.

La Fé no ha menester armas.

San Segundo, Obispo de Avila.

Voto de Santiago y batalla de Clavijo:

En todas estas comedias hay escenas bien dialogadas, pensamientos oportunos, nobleza y dignidad en los caracteres, facilidad en la versificación, y en la parte jocosa lijereza y gracia.

En la que lleva por título *La Fé no ha menester armas*: po e en boca del gracioso este cuento:

Pierrrs.

Cierto galán á su dama
la dijo: ¿ha llegado acá,
de lo que hice por allá,
con los Ingleses, la fama?
Y ella respondió: por Dios,
que hoy á mi noticia viene!
pero tanto que hacer tiene,
que no podrá hablar de vos.

Si este epigrama, que podía muy bien ocupar un lugar distinguido entre lo que se han escrito en nuestra lengua, muestra las disposiciones de Herrera para este género de sales, el diálogo siguiente acreditará las que tenía para las descripciones cómicas.

Está sacado de la jornada segunda de la comedia *Del Cielo viene el buen Rey*.

EL DUQUE, MOSCON.

Moscon. En tanto que el rey se baña,
entretengamos el tiempo.

Duque. Dices bien: tienes amor?

Moscon. Ni le he tenido, ni tengo.

Duque. Eso, como puede ser,
siendo galán y mancebo?

Moscon. Has preguntado muy bien;
escucha mi pensamiento.
Yo, según mi natural,
amar quisiera, esto es cierto;
pero el amor se me acaba,
al punto que considero
que, como mula sin tacha,
no hallo muger sin defecto.

Mas esto se ha de entender
hablando de lo plebeyo,
no de hermosuras que tocan
en lo noble y lo supremo.

Duque. Muy bien has hecho la salva,
oirle con gusto pienso, (ap.)
que, si vá á decir verdad,
aun tiene gracia en lo necio.
Prosigue, Moscon, prosigue,
que me holgaré.

Moscon...... Escucha atento.
Si es moza, se hace de pencas,
diciendo; no trato de eso:

si es pasante, busca unciones
con que teñirse el cabello,
y si se repara bien,
no es ámbar fino el aliento.
Si es flaca, ¿quien puede haber
que enamore á un esqueleto?

si es gorda, sin ser verano,
abochorna y quita el sueño.

Si es alta, parece azul
como la miran de lejos;

si es enana, es menester
humillarse por el suelo,

ó ponerse de cuclillas
para decirle un secreto.

Pues si tiene buenas manos,
Dios nos libre del esceso,

con que á puras manotadas
acícála y pule un cuento!

Si buenos dientes, los labios
arregaza, haciendo un gesto,

y á cualquiera chanza trae
la risa por los cabellos.

Si es discreta, ya se sabe
que no la falta lo feo;

si hermosa, el ser tonta
le compete de derecho.

Mas todo lo referido,

en mi opinión, es lo menos,
que estos son, si bien se mira,

particulares defectos,
que no á todas comprehenden,

pues muchas se hallan sin ellos.
Vamos á las generales

trazas, tramoyas y enredos
de las mugeres. ¿Quién hay

que sufra los embelecados
de rizos, guedejas, moños,

que estan diciendo, memento,
calva, que ayer fuiste raso,

aunque hoy eres terciopelo?
¿Quien habrá, digo otra vez,

que lleve con sufrimiento
las infusiones, las mudas,

los badulaques y ungüentos,
que hacen algunas mugeres

para pintarse de nuevo?
Pocas son las que se lavan

con agua clara de enero;
todo es soliman, y todo

arreból, claras de huevo
albayaalde, piedra alumbre,

babosas, miel y espejuelos,
y otras seis mil porquerias,

que duran en sus pellejos
lo que al sudor se le antoja,

ó lo que permite el lienzo.
Si bajamos, pues, á bajo,

muy entabladillo vemos
al talle, como si fuera

brazo con un desconcierto,

que si en un brazo le dan,
resuena el carton á hueco,
Luego estan los guarda infantes,
los faldellines, los ruedos,
las enaguas, las polleras,
que, garlitos del infierno,
engañan á un hombre honrado
con el cebo que está dentro.
Pero lo esencial olvido,
de lo mejor no me acuerdo:
¿qué muger hay que no pida?
¿quién no ha de quedarse muerto
á un «dame» desvergonzado,
á un «envíame» grosero?
No, mi duque: yo ¿querer?
¿Yo enamorar? ni por pienso;
cuando en muchas de las hembras
tantos escesos contemplo,
condiciones depravadas,
tantas maulas y embelceos,
y que sobre todo, piden,
con que pienso que eché el resto.

Ademas de las casas de su mayorazgo situadas en la esquina que dá frente á la Iglesia de san Juan, por la puerta que mira á palacio, labró don Rodrigo otras en la calle de Alcalá frente á los carmelitas. Falleció en esta corte á últimos de 1641, habiendo otorgado testamento en 15 de noviembre ante Diego de Ledesma

G. E.

OPERA ALEMANA, ITALIANA Y ESPAÑOLA,

ARTICULO III.

OPERA ITALIANA.

A principios de este siglo solo se conocian en los teatros de nuestra nacion las *tonadillas* y tal cual pieza seria que denominábamnos *operetas*, como la de *los dos presos* y otras, escritas en aquel género de música, que el gusto nacional inspiraba á nuestros cancioneros. Por lo demas, estas composiciones no podian llamarse verdadera música; de ellas estaba escluida la *aria*, limitándose sus insípidos *duos* al duo en *terceras*: cuando estas se negaban á una armonia perfecta con arreglo al tono de la pieza, el *duo* dejaba de serlo, y se convertia en un caos, cuyos ecos era imposible distinguir al oido mejor organizado: esto prueba cuando menos que nuestros autores de *tonadillas* no habian estudiado el arte de la armonia práctica con

aplicacion al teatro, al paso que la existencia de aquellas obras imperfectas revelaba el nacimiento de la buena ópera española, cuyo arraigo en la escena se dilatará por causas de que nos haremos cargo en su lugar. Y no que en España faltasen elementos para establecer una escuela musical propia, independiente de las extranjeras: la prueba de lo contrario se palpa en el exámen de la música de conciertos, de la militar y de la religiosa de los primeros años de este siglo. Pero las guerras con Inglaterra y Francia cerraron en nuestra patria las puertas de la gloria para nuestros artistas, que á lo menos tuvieron el orgullo de no imitar de nadie, dejando á sus hijos virgen el campo lirico, al paso que los artistas franceses que se hallaban en música á la misma altura que los españoles, copiaron lo peor de los alemanes, la *confusion*, y lo peor de los italianos, la *melodia ecsagerada*, para formar una que llaman escuela francesa; escuela de vastas pretensiones, de pésimo gusto, incompatible con la ingratitud de su idioma para el canto, y que ya estaria olvidada si *Auber* y algun otro no se hubieran encargado de regularizarla, devolviendo á cada uno lo que era suyo, ó por mejor decir, componiendo con música alemana unas veces y otras con italiana óperas, que solo tienen de francesas el libreto.

Y hé aqui por qué al intentar este débil bosquejo de los principios que constituyen á las escuelas musicales conocidas, no hemos apuntado la francesa: para nosotros no existe semejante escuela lirica, al paso que reconocemos como muy pura y caracterizada la instrumental.

Años hacia que en Italia se habia empezado á esplotar el gusto con relacion á la música. Ya en el siglo XVI cantaban los versos del *Ariosto* y del *Tasso* tanto los pastores paduanos como los gondoleros de Venecia, y era preciso que la hermosa lengua del *Petrarca* encontrase en la música un auxiliar irresistible para dominar al mundo. Los primeros ensayos fueron tan infelices como lo permitian ser un cielo siempre claro y sereno, un idioma rico, dulce y armonioso, unas tradiciones profanas y religiosas únicas, y la ardiente imaginacion de los italianos. Es sin embargo indudable que hasta *Paisiello*, no tuvieron escuela: escribió este autor una de las primeras óperas originales que conocemos con el titulo de *Pirro*, cuyos cantos de notable sencillez y limpieza distan infinito del refinamiento y belleza que han impreso á los suyos los autores modernos, y contribuyó con su obra á una revolucion del arte, así

como el *Petrarca* y *Dante* habian contribuido al triunfo del idioma italiano sobre las preocupaciones consagradas por la ignorancia al respeto de una lengua muerta. Mas tarde las composiciones de *Paisiello*, inspiraron á *Cimarosa* y á *Pacini* un gusto mas metódico, que retardó en parte el giro libre que á las piezas concertantes debian dar nuevos maestros; pues no debe desconocerse que tanto en Italia como en Alemania la música ha recorrido una escala progresiva, desde el mas rudo amaneramiento hasta la perfeccion. En la ópera que hemos citado de *Paisiello*, tan aplaudida y encomiada en su tiempo, hay un *Duo* el mejor de todo el *Spartito*, que hoy no osaria presentar al teatro el mas atrasado discipulo de un conservatorio: hablamos del de *Pirro* y *Polissina*, escrito en *Dó* mayor sobre un tema, que debilita extraordinariamente la expresion de la letra, á la cual sirve de interpretacion; pues desde las primeras palabras *Splender gia vedo le faci horribili*, hasta las últimas, *L' amor ti sa' verà*, todo es frio, todo trivial, todo comun é insipido en él. *Cimarosa* y *Pacini* dieron un paso mas, sobre el paso dado por *Paisiello*; estudiaron sus errores, que eran aciertos en la época en que fueron escritos; conocieron el gran secreto de la música lírica, que solo consiste en que las notas expliquen el sentido filosófico, interno de las palabras, y en sus partituras legaron á sus sucesores la llave de los misterios armónicos. Con todo, estos dos maestros no llegaron á perfeccionar su obra: el primero dió, es verdad, un golpe de muerte á las antiguas trabas: sacó de su infancia la expresion de la melodía imitativa, habló cantando; pero no sintió: el segundo, despues de haber conocido el grande efecto producido por la combinacion de las ideas armónicas, no tuvo bastante fuerza en sí mismo para fundar la nueva escuela, cuyos principios estriban en la filosofía de la música: llegó á adivinar el poder creciente de esa filosofía, pudo haber sido su director y contentóse con rendirle un culto forzoso en algunas de sus obras. Asi en su ópera *Adelaide é Comingio* vemos una *Cavatina*, que despues de una magnífica entrada en *Mi mayor*, bajo el pausado compás del *doce por ocho*, para traducir las palabras *Aime belle che spiegate*, pasa á un canto monótono en *dos por cuatro*, cortado en periodos incoherentes, que ninguna analogía conservan con las palabras de la hermosa letra que les sirve de testo. *Pacini* se arrepintió del atrevimiento de su fantasía; tuvo miedo de sus descubrimientos armónicos.

Se necesitaba en Italia un genio privilegiado que diese á la música lírica el giro de la expresion y del sentimiento, únicas bases en que aquella podia establecer la supremacia, á despecho de la profundidad alemana. Ese genio privilegiado fué *Rossini*. Dotado desde su infancia de aquel buen gusto que nace con el hombre y que no se adquiere con el estudio, poeta mas que músico, y músico filosófico en mas alto grado que los que le habian precedido, no tardó en conocer que los amantes de la perfeccion musical habian menospreciado el único resorte capaz de fijar para siempre la suerte de la escuela italiana; no tardó en persuadirse de que el fundamento de toda ópera nacional son los cantos populares. Estos constituyeron la mina inagotable del músico reformador, suministrándole los mas sentidos periodos de sus primeras partituras, y el éxito que merecieron *Tancredi*, *Torvaldo é Dorliska*, *La Gazza Ladra* y *Matilde di Sabrand* desde el momento de su aparicion, puso en claro la superioridad de la música italiana sobre la de su rival la alemana.

Rossini experimentó muy pronto que todo cuanto se habia escrito hasta su tiempo, concerniente á principios, no era mas que un fárrago de preceptos escolásticos sin objeto ni utilidad: despreció, pues aquellos preceptos y escribió obras que estableciesen otros mas sólidos y durables; lanzóse desalado en pos de nuevas inspiraciones, destrozó las trabas del tiránico *contrapunto*, combinó las voces en opuesto sentido, á veces en disonancia para mayor efecto armónico, creó en la música situaciones tan originales y felices como las que marcaban sus libretos, hizo cantar á las partes acompañantes, é introdujo un bellissimo sistema de cadencias, de salidas extra-tónicas, de resoluciones, de desacordes y de marchas progresivas y consecuentes.

No tardaron los teatros en apoderarse de la música del nuevo maestro, pero sin él jamás se hubieran puesto en escena. Con efecto ¿qué hombre es capaz de modular convenientemente la parte de *Tancredi*? El primero que la ejecutó fué silbado, y la *Pasta* obtuvo en ella la mas bella de sus coronas artísticas, corona que toda la habilidad, todo el genio de *Marietta Malibran Garcia* no ha podido deslucir, porque el privilegio del *contralto* italiano bien escrito, consiste en resistirse á las mas grandes facultades del *soprano*. *Rossini* logró persuadir de esta verdad á los directores de escena, y sus óperas se cantaron entre una série no interrumpida de *bravos* y de *vittorias*.

Esta es hoy la escuela italiana; la escuela de *Rossini* seguida por otros maestros distinguidos, entre los cuales merecen preferente lugar *Donizetti*, *Mercadante* y *Carnicer*, tan querido en Italia como poco apreciado en España su patria. No queremos hablar del malogrado *Bellini*, noble esperanza desvanecida como el humo, cuya *Norma* ocupará uno de los mas elevados puestos del repertorio lirico italiano: mas tierno que *Rossini*, aunque menos experimentado, ha sido tambien el único rival que este ha conocido, si rival puede conocer el que no solo ha conseguido introducir su música en todos los teatros de Europa, sino que ha logrado atraer á sus principios á hombres como *Meyerbeer*, como el autor del *Crociato in Egipto*, cuyo talento solo puede compararse con su pereza.

J. M. DE ANDUEZA.

REVISTA DE LOS TEATROS.

LOS DOS VIREYES.

Drama en tres actos del Sr. Zorrilla.

Razones particulares nos impiden emitir nuestro dictámen sobre esta produccion, y así nos limitamos á copiar el juicio que de ella ha formado uno de nuestros mas acreditados periódicos: es como sigue.

Después de una produccion del mas reflexivo de nuestros poetas dramáticos, esperábamos con ansia otra produccion del que entre todos ellos imprime en las suyas un sello mas marcado de espontaneidad. Drama del señor Zorrilla y beneficio del señor Latorre eran circunstancias para tentar al mas desconfiado. ¿Cuál fué nuestra sorpresa cuando después de haber presenciado soñolientamente un primer acto de cerca de una hora de camino, nos encontramos con el manoseado argumento de *El gran virey de Nápoles*, *Duque de Osuna*, no mas nuevo ahora porque el autor lo haya tomado de una novela italiana? Un virey cuya tiranía se ejerce principalmente sobre las buenas mozas, tiranía de buen gusto, y otro virey que viene cuando le llama el apuntador, á librar de las garras de la impudicia á la heroína del pudor y de la constancia: hé aqui el drama: toda la novedad consiste en la circunstancia de ser hija del aparecido libertador la susodicha heroína, en tener por marido un noble napolitano con quien huyó de un convento de Sevilla, mancebo inconsiderado que insul-

ta á sus jueces cuando tocan á un juicio, y en una venturosa coalision de albañiles, sin la cual hubiera quedado mal parada la inocencia. ¿Qué tres ó cuatro esposiciones aquellas! ¿qué carácter tan repugnante el del virey malo, si fuese un carácter! ¿cuán por los cabellos sale allí el virey bueno, aunque lo haga un actor como el señor Latorre! ¿qué escena aquella de los dos vireyes, tan inmotivadamente indigna de altos personajes! ¿qué último acto aquel, mitad de él nueva edicion del *Trovador*, y la otra mitad algazara y pronunciamiento!

Una cosa nos ha descubierto el señor Zorrilla en esta que no llamaremos siquiera obra suya; una cosa que estábamos muy lejos de pensar; á saber: que le cuesta mas trabajo hacer los versos que la prosa. Las dos terceras partes de esta malhadada produccion consisten en escenas inmensurables de un lenguaje preñado de incongruencias, de falsedades y de antitesis victor-huguescas; la otra tercera parte está en versos todo lo incorrectos, digámoslo francamente, todo lo malos que pueden ser los de un poeta, que no renunciaria, aunque quisiera, al dominio del metro ni á la riqueza y colorido de la imaginacion. Y esta es la ocasion de decirle al señor Zorrilla para cuando haga, no otro *los dos Vireyes*, si no otra segunda parte de *el Zapatero y el Rey*, esta es la ocasion de advertirle que procure quitar á sus caracteres ese *matonismo* tan opuesto á la dignidad de los galanes de Calderon, que trate de poner en boca de sus personajes la grave expresion de los caballeros de capa y espada, no el lenguaje desaforado de los héroes de navaja y sombrero calañés. Tan duros somos esta vez con el señor Zorrilla, porque aquí no se trata principalmente de su bien sentada reputacion de talento, sino de su conciencia literaria, que con el drama de anoche no ha quedado muy bien parada. Un poeta como él, tan rico, tan fácil, tan popular, no debe presentar en el teatro ninguna obra que no sea grandemente aplaudida, y *los dos vireyes* pasaron así, así, porque eran de quien eran. El señor Latorre hizo brillar todo su talento en la ejecucion del drama de su beneficio: si los esfuerzos de un grande actor fueran suficientes, el señor Latorre habria arrancado aplausos para el drama como los arrancó repetidamente para sí. Tampoco á la señora Lamadrid (doña Barbara) ni al señor Mate, ni aun al señor Lopez, por mas que no fuese muy suyo el papel que representaba, pueden quedarles remordimientos de haber contribuido al mal éxito de este drama, que, lo volvemos á repetir, no es

del señor Zorrilla, sino de quien se puso á zurcir en escenas trozos de la primera novela que se le vino á la mano.

POESÍAS.

CANTICO DE JUDITH.

Alabad al Señor con alegría;
sus piedades cantad.
Entonad nuevos salmos este día
y su nombre invocad.

El nombre del Señor, que puede tanto
en su airado rigor,
que pone en los ejércitos espanto:
su nombre es el Señor.

Vinieron enemigos del oriente
en fiera multitud;
y las aguas perdieron su corriente,
el campo su quietud.

Bajo el pie destructor de los bridones
el valle resonó,
sustentando apiñados escudrones
la montaña gemió.

Y exclamaba Holofernes: « de esta tierra
» los pueblos arderán;
» y las riquezas que en su seno encierra
» mi despojo serán. »

« Daremos la garganta del mancebo
» al hierro matador:
» á la cadena el niño: en blando cebo
» la doncella al amor. »

Mas el Señor hiriolo con la mano
de su eterno poder;
y humilló la grandeza del tirano
á una flaca mujer.

Que no para honra suya derribado
por un gigante fué.
Una viuda degolló al soldado:
yo Judith lo maté.

Ceguelo con la luz de mi hermosura
que el Señor aumentó.
Abandoné mi triste vestidura
y un ángel me adorno.

Ungí mi faz, y mi roedor quebranto
acabado fingí:
brotó risa mi boca, sequé el llanto;
busquelo y lo vencí.

Entonces los Asirios ya temblaron,
y pidieron merced,
cuando humildes los míos se mostraron
abrasados de sed.

Los desiguales campos se embistieron,
trabáronse los dos;
y á los fuertes los débiles vencieron
en presencia de Dios.

Alabad al Señor con alegría,
sus piedades cantad.
Entonad nuevos salmos este día,
y su nombre invocad.

Sirvente, señor Dios, las criaturas:
grande tu poder es.
Magnífico Señor de las alturas
el mundo está á tus pies.

Si en medio de los aires te presentas
los montes veo temblar.
A su voz te despliegan las tormentas;
levántase la mar.

¡ Dichosos, gran Señor, los humillados
te confiesan así!
¡ Ay de los pueblos necios ó malvados
que se opongan á ti!

Con un signo no mas de tu cabeza
su suberbia caerá.
Di, vuele en polvo la mayor grandeza,
y en polvo volará.

MIGUEL TENOR IO.

AUNQUE MAL CORRESPONDIDO,
EL AMOR SIEMPRE ES AMOR.

IV.

VENGANZA Y DESPECHO.

Pensativo el conde está,
que ya le dieron aviso
de la escena que pasó
entre Leonor y Mauricio.

No por que tema, que en suma,
aunque inconstante, es invicto,
y jamas niagun contrario
su esfuerzo le ha escedido.

Mas recela que el monarca,
informado del desvio
con que á Leonor trata ahora,
despues de haberla ofendido
su claro honor mancillando,
vengarla en el punto mismo
pretenda; y esto le tiene
sobre manera indeciso,
pues no duda que del rey
justicia implore Mauricio,

Mientras que así piensa el conde
retirado del bullicio
que en el salon de su casa
metiendo estan sus amigos,

unos jugando á los dados,
otros bebiendo sin tino,...
un page se le presenta,
que con respeto escusivo,
le dice:

—Afuera un soldado
espera le deis permiso
de entrar, que hablaros pretende.
—Un soldado!

—Así lo ha dicho.

—Entre al punto.

Sale el page,
y en seguida entra Mauricio.

«Conde,» —dice — ¿Qué teneis
que hablarme? — pregunta altivo. —

«¿Qué me queréis?... ¡Por Santiago
despachad, que estais remiso.» —

Y mirándole el soldado
con vista torva, de hito
en hito, así le responde,
si bien audaz, comedido.

—Poco que deciros tengo
Burlado á mi hermana habeis,
y, ó vuestra esposa la haceis,
ó me matais, ó la vengo.

—Lo segundo es lo mejor,
que estais por demas soez.
—Razon me sobra, pardiez,
pues manciillasteis su honor.

Conde, os casais con mi hermana,
ó me matais, ó aqui os mato.

—Vuestra demanda es ya vana,
pues de casarme no trato.

—¿Qué decis?

—Que bien notorio
mi casamiento ya es.

—¿Casado estais?

—Habrà un mes,
con doña Isabel de Osorio.

—Conde, reñid.

—Aqui no,
ni afuera que sois villano....

—¡Mentis!

—¡Insolente!

—Yo

soy caballero.

—Es en vano.

—Mauricio Orduñez de Lara
soy.

—¿Vos?... Vuestro nombre ói
celebrar... ¡Quien lo pensara!
¿Su hermano sois?

—Conde, si.

Reñid.

—¿Y si me engañais?...
¡Voto á San Gines!.... ¡Malvado!
¡Cobarde!....

—Que me sigais
os digo, que estais pesado.

Afuera ya de Leon
el conde y Mauricio estan,
y uno tras otro caminan
paso á paso, y sin hablar.

Llegan á un sitio estraviado,

do se detienen.—«¡Allá!» —
dice el conde.—«En aquel bosque
reñir podemos.

—Bien.

—Mas

preciso es que dude...

—¿Conde!...

¿de mi palabra dudais?

—Si fuerais plebeyo...

—Soy

noble como vos. Mirad,
mirad este pergamino,
por el que su alteza real
el monarca de Navarra
noble me ha hecho, á la par
que vos lo sois, y otros muchos....
—Partamos no dudo ya.—

A buen andar, por el bosque
se internan.—«Aquí: parad,» —
grita don Poncio.

—En buen hora

sea.

—Desenvainad. «—

Y las espadas se cruzan;
se alosan con ansiedad:
tirán, se cubren, se hieren
ambos con destreza igual:
ni retroceden, ni avanzan,
ni de duda indicio dan,
ni desmayan, que el deseo
de la venganza fatal
aumenta su intrepidez....
De ambas sienes á la par
brotó la sangre: á los choques
de los aceros, fugaz
lumbre se improvisa, y muere
al instante de brillar,
que el hálito de la muerte
que allí se aspira, letal
la consume, del sol mismo
menguando la claridad
que entre su vapor se anubla....
Valientes son á cual mas,
que ambos españoles son,
y por eso cada cual
espera que la victoria
se quiera en su pro mostrar.
Por esto es que no desisten,
y por algun tiempo está
incierto el triunfo... Por fin
vence el de Lara; y al dar
don Poncio el prostrar suspiro:—
«¡Vengado mi honor he ya!» —
Murio esclama, y se ausenta,
sin volver la cara atrás.

Triste en su aposento y sola
Leonor suspirando está,
Ya en el de Orduñez pensado,
ya en su amante desleal,
cuando entra Lara, y la dice
así, con alegre faz.

—¡Ya estás vengada, Leonor!
Con otra estaba casado
tu perfido seductor.
Mas Leonor, ¡ya te he vengado!
—¡Ay Cielo!... ¿Acaso...

—El infame,
después de lidiar ardido,
cayó á mis pies. Leonor, dame
un abrazo.

—¿Le has herido?
— Le he muerto.

—¡Déjame!... ¡Aparta!...
Huye... Yo muero... ¡cruel!...
¿no era mi desdicha harta?...
—¡Leonor! Fué contigo infiel...
— Las fuerzas me faltan ya..
¡Cielos!

—¡ Leonor!
—¡ Inhumano!
¡Huye! que manchada está
con sangre suya tu mano!..

Aparta... Por compasión,
¡huye!.. No... escucha... al instante
traspásame el corazón,
que quiero unirme á mi amante.

—¡ Leonor!
—¿ Qué tardas ? — La vida
ya sin él me es enojosa.
Mátame ; y á Poncio unida,
nos cubra una misma losa.

—¡ Leonor !.. ¡ Hermana !..
—¡ Yo hermana
de su asesino... ay!

— No fué
asesinado; inhumano!
que en buena ley le maté.
—Odio me inspiras... ¡ Ay Dios!..
—¡Odiarme, cuando la afrenta
he lavado de los dos!

— Yo muero.
—¡ Infeliz!.. ¡ No alienta!

— Cuasi exámine en el lecho
está Leonor, y á su lado
Mauricio su muerte llora,
que la consume por grado.

Ya la luz falta á sus ojos,
y el movimiento á sus labios
que ya para siempre van
á cerrarse inanimados.

Haciendo el último esfuerzo,
señal de su fin infausto,
esclama con débil voz. —
«¡Mauricio!... ¡Querido hermano!..
¡Perdóname!... ¡A Dios!» — Y espira,
en las suyas estrechando,
ya como la nieve frías,
de Orduñez entrambas manos.

Y pocos meses después
de haber sepultura dado
al cadáver de Leonor,
contra los moros lidiando
murió en Navarra, cubierto
de gloria y famosos lauros,
Mauricio Orduñez de Lara
EL INVENCIBLE nombrado.

FRANCISCO GAVITO.

MADRID 21 DE ABRIL.

La empresa del teatro del Príncipe, está en el orden en que aquí las colocamos.
IMPRENTA DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR.

Ayuntamiento de Madrid

preparando para poner en escena las funcio-
nes originales siguientes : *El editor respon-
sable : El bachiller Mendarias ó los tres Jua-
nes : A cazar me vuelvo : El crisol de la leal-
tat ; Mali ó la insurreccion y otras.*

La misma empresa dispone tambien las
siguientes producciones traducidas : *Miguel
Angel : Otra casa con dos puertas : La hija
de Cromwell : Estuvo en un tris.*

En la Cruz veremos asimismo represen-
tados : *El tío Pablo : Un soldado de Napo-
leon.*

El señor Vincenti, primer bajo de la com-
pañía lírica de Lisboa, no ha satisfecho los
deseos, ni los delicados oídos de las perso-
nas que le oyeron en la noche del 21 en el
Liceo artístico y literario. Su sistema de *ac-
cion* está ya en desuso entre nosotros, y
tampoco estamos acostumbrados á voces que
entonen *medio punto* de diferencia con la
orquesta.

Se ha representado en el Liceo el *Baron*
del célebre Moratin: el señor Vega, que aca-
ba de llegar de la capital de Francia, se ha
lucido como siempre, en union de los de-
mas sócios encargados de la ejecucion.

El Liceo artístico y literario se propone
elevarse este verano á la altura que le está
marcada por sus propios reglamentos y por
la ilustracion de sus sócios. Entre las produc-
ciones dramáticas originales que han sido
presentadas á tan útil establecimiento. Se
cuentan la comedia del señor Gonzalez Elípe
intitulada *Querer como no es costumbre ; La
Calderona ó las intrigas de Palacio*, de nues-
tro amigo Andueza, y *Quien bien quiere tar-
de olvida*, primera produccion de un jóven
ventajosamente conocido en la república de
las letras.

La misma seccion dramática ha admitido
tambien la traduccion de *El ciego, las Incon-
solables tretas de amor y el Postrer dia de
fortuna.*

RECTIFICACION.

Al insertar la lista de los individuos que
forman la compañía del teatro de la Cruz
en el número de este periódico, correspon-
diente al día 1.º de abril, se cometió la equi-
vocacion de anteponer en la seccion de baile
el nombre de doña Francisca Bueno á los de
doña Francisca Hidalgo y doña Carmen Calle-
jo, debiendo la primera seguir á las dos últimas